

M`hijo el doctor.

Olegario y Julio. Dos concepciones de educación, dos hijos de su tiempo.

Carlos Díaz

*La historia, en su sentido humano,
es una red de lenguaje arrojada hacia atrás.*

*¿Hacia dónde arroja su red la obra literaria cuando intenta articular el pasado?
Y ¿qué peces arrastra la escritura además de la figuración que le impone su autor como
pescador individual frente al incommensurable mar de la sociedad?*

Laura Scarano.

El objetivo de este trabajo es, a partir de la obra “M`hijo el doctor”, desvelar la frontera que existe entre dos concepciones de educación en parte del S. XIX y la primera mitad del S. XX, “encarnadas” en las figuras de Olegario (padre) y Julio (hijo). Será preciso, realizar un estudio que evidencie la formación de este, universitario, para quien la cultura significó revisión total de sus esquemas de vida, queriendo entonces destruir todos los valores del mundo que considera anacrónicos y la de aquel, padre campesino, “ignorante”, apegado a prejuicios y a recelos de la formación intelectual de su hijo. (SÁNCHEZ, F; 1969:21).

El teatro sanchiano surge de la realidad circundante, del planteamiento de conflictos de gente sencilla y que indudablemente tiene algo que decir. Las palabras de Juan Carlos Legido son ilustrativas:

“El pueblo, como multitud, como masa poco puede saber de literatura. Puede sentir, en cambio, que las cosas le penetran por la vía del instinto, más allá de la razón. Yo creo que Sánchez ha entrado en el pueblo por su planteamiento de realidades candentes y vividas por el propio espectador de sus obras, por su desbordado amor a los humildes, los desheredados, los pecadores, los equivocados [...]” (LEGIDO, J; 1968: 17).

Deberá tenerse en cuenta que estas líneas esbozan una visión de la realidad de un tiempo ya pasado.

Sánchez en su obra muestra una realidad avasallante que se impone, sus personajes encarnan figuras “comunes” de una sociedad y una visión de la cultura que fermenta ante sus ojos y que interpreta a través de su teatro.

Experiencia colectiva; eso es lo que ha despertado históricamente el teatro y lo que a partir de este trabajo se quiere hacer ver en “M’hijo el doctor”. Una experiencia que se enmarca en dos concepciones distintas de educación, representantes de las mismas serán la figura de Julio (hijo de Olegario, joven con una mentalidad absorbida por los cambios que se están gestando en su tiempo) y Olegario (padre, suspendido en el tiempo con una concepción fosilizada de la educación y los valores).

En la obra a analizar están palpitantes problemáticas ejes de la educación de la segunda mitad del SXIX y la primera mitad del SXX, será importante entonces tener en cuenta, la actitud de los personajes y el contexto histórico en que se desarrolla la acción representada.

¿Qué realidad representa Sánchez a través de esta obra?

¿Cuál es el conflicto principal a tratar; es la gran dicotomía campo – ciudad, o existe una estructura profunda que nos habla de un modo de educación y de una escala de valores diferente?

La acotación escénica inicial, tanto del primer como la del tercer acto, nos ubica en una estancia de nuestro país, pero no cualquier estancia, es una estancia la que muestra “un ángulo de edificio viejo, tipo colonial, corroído por el tiempo” (SÁNCHEZ, F; 1969:45). Las “cosas hablan” por sí mismas desde el comienzo de la obra. Se encuentra en la descripción escénica el paso del tiempo y los estragos que él conlleva, síntoma esto de una época ya pasada.

La acción transcurre en un contexto rural, con personajes pertenecientes a una sociedad de principios de siglo. Son criollos y la estancia será el marco en que Sánchez hará vivir a través de su teatro una dura crítica a patrones de vida y mentalidades tradicionales apegadas a viejos prejuicios.

Julio y Olegario o lo que es lo mismo: educación e ignorantismo¹, esquema clave de principios del 900 aparecen y se caracterizan en esta obra como dos hijos de su tiempo. La aversión que tiene Olegario hacia las actitudes de su hijo adquiridas en la ciudad crea un choque y pone de manifiesto un conflicto cultural existente en la realidad de la época. Manifestación de esto es la carta que envía el compadre Rodríguez a Olegario (escena XII, Acto I) en respuesta a las interrogantes de este sobre la actitud del joven universitario:

“JESUSA.- (Leyendo). [...] Con respecto a los datos que me pide al relativo de su hijo, mi

¹ El diccionario anota: “Sistema que rechaza la instrucción por estimarla nociva”.

ahijado, paso a decirle que el muchacho no ha andado muy bien de conducta en estos últimos tiempos. Por mi parte no he dejado de cumplir los deberes del sacramento y de la amistad, dándole buenos consejos; pero usted sabe que los hijos de hoy nos van perdiendo el respeto y se creen muy en sí mismos. El muchacho no es malo en el fondo....
[...]

JESUSA.- "El muchacho no es malo en el fondo, pero es muy irrespetuoso y algo botarate². Estudiar, estudia, pues tiene buenas calificaciones y los diarios hablan de él, pero se le han metido en el cuerpo unas ideas descabelladas y hasta creo que le da por ser medio anarquista o socialista y no cree en Dios. Además..." (SÁNCHEZ, F; 1969:68,69)

En este contexto, "el viejo Olegario" será la autoridad en el seno familiar a la que se le debe respeto. Autoridad que caracteriza y describe a través de diferentes ejemplos José Pedro Barrán en "Historia de la sensibilidad en el Uruguay"

"Este ejercicio (...) de la autoridad paterna, respondía a una organización familiar en la que el padre gozaba de poderes casi absolutos. El padre era un Dios al que se respetaba y adoraba, y probablemente se quería [...]." (SÁNCHEZ, F; 1969:63)

En "M'hijo el doctor" esta autoridad está presente, pero es cuestionada por Julio de manera dura en la escena XIII del Acto primero, cuando padre e hijo tienen una discusión sobre los derechos que tiene o pretende tener aquel sobre este.

"JULIO.- (Severo) ¡Sí! ¿Con qué derecho? Soy hombre, soy mayor de edad, y aunque no lo fuera, hace mucho que he entrado en el uso de la razón y no necesito andadores para marchar por la vida... ¡Soy libre, pues!... ¡Siéntese, tata!... ¡Tenga paciencia!... (Continúa con naturalidad) Usted y yo vivimos dos vidas vinculadas por los lazos afectivos, pero completamente distintas. Cada uno gobierna la suya, usted sobre mí no tiene más autoridad que la que mi cariño quiere concederle (Gesto violento de Olegario) ¡Calma, calma! (Afable) ¡Conste que lo quiero mucho!... Todo evoluciona, viejo; y estos tiempos han mandado archivar la moral, los hábitos, los estilos de la época en que usted se educó.... Son cosas rancias hoy. Usted llama manoseo, a mis familiaridades más afectuosas. Pretende, como los rígidos padres de antaño que todas las mañanas al levantarme le bese la mano y le pida la bendición en vez de preguntarle por la salud; que no hable, ni ría, ni

² El diccionario de la Real Academia anota: "Hombre alborotado y de poco juicio. Persona derrochadora".

llore sin su licencia; que oiga en sus palabras a un oráculo, no llamándole al pan, pan y al vino, vino, si usted lo ha cristianado con otro nombre; que no sepa más de lo que usted sabe. Y me libre Dios de decirle que macanea; que no fume en su presencia. (Saca un cigarrillo y lo enciende) En fin, que sus costumbres sean el molde de mis costumbres... ¿Pero no comprende, señor, que riéndome de esas pamplinas me aproximo más a usted, que soy más su amigo, que lo quiero más espontáneamente? Volviendo al asunto de mi conducta: ¿cuál es mi gran delito?... Creo que no he malgastado el tiempo; me voy formando una reputación, estudio, sé; ¿qué más quiere?... ¿Que he hecho algunas deudas? ¿Que gasto más de lo que usted quisiera que gastara?... Cierto. ¿Pero usted pretendía que todo un hombre, con otras exigencias y otros compromisos, siguiera manteniéndose con una escasísima mensualidad? Por lo demás, lo único que tengo que lamentar es que no haya sido de mis labios que conociera usted lo de mis deudas... Pensaba confiárselo antes de irme y pedirle fondos para cubrirlas...” (SÁNCHEZ, F; 1969:74)

A la mentalidad de Olegario detenida en el tiempo, se opondrá la de Julio, su hijo, “el doctor” aunque “los padres en realidad nunca perdían esa facultad, socialmente estimada de corregir físicamente a sus hijos, ni aún cuando estos eran mayores” (BARRÁN, J; 2009: 63)

Esta actitud de corrección física por parte de Olegario se puede apreciar claramente al culminar el Acto primero:

“OLEGARIO.- [...] Vení... vení acá... ¡Hasta hoy he sido tu padre y aunque no lo quieras, ¿entendés?, todavía tengo derecho a castigarte!... (Lo zamarrea) ¿Entendés?...” (SÁNCHEZ, F; 1969:77)

Se enfrentan así, dos mentalidades opuestas a partir de una “sensibilidad” opuesta, Olegario, criollo, con una visión de la realidad precaria llena de prejuicios y Julio a quien la educación de la ciudad lo hizo cuestionarse sobre sus ideales y esquemas de vida.

Quien será mediadora en esta lucha por la permanencia de lo tradicional y el cambio de esquemas culturales naciente, será “Mariquita” madre de Julio para quien su condición de camperos es inferior a la de la “gente ilustrada” y justifica la actitud de este como producto natural de su exposición a la ciudad, de su formación y de los valores adquiridos:

“MARIQUITA.- [...] *El muchacho es güeno, nos quiere. Lo que hay es que tiene otra educación. Si fuera un campero como nosotros, no estaría pa ser dotor...*” (SÁNCHEZ, F; 1969:55)

Olegario también atribuye el cambio de actitud de Julio a la vida en la ciudad, pero más específicamente a su educación, una que al entender de su padre es negativa, desmoralizante y se contrapone a la educación familiar. En el acto segundo, si bien se desarrolla en Montevideo, participan los mismos personajes con sus mismas costumbres y conflictos, observándose estos en las palabras de Olegario al exigir respuestas a Julio por la actitud que ha tenido para con Jesusa.

“OLEGARIO.- *¡Merecías que te matara!.. ¡No te bastó maltratarme, hundirme en la desesperación, matarme a disgustos... que por tu culpa me estoy muriendo, sino que has llegado hasta deshonorar a esta infeliz, a esta inocente criatura!... ¿Dónde está tu honor? ¡Dónde tus buenos sentimientos? ¿Eso es lo que te han enseñao los libros, gran sinvergüenza? ¡Respondé!.. ¿Es tener corazón, siquiera matar a los padres a disgustos, seducir a una pobre muchacha y engañar a otra?.. ¡Decí, desalmao!... ¿No te conmueve el cuadro?.. Explicá tus grandes doctrinas. ¿La moral de tus padres te enseñaba esto?..*” (SÁNCHEZ, F; 1969:94, 95)

Con respecto al conflicto planteado parece enriquecedora la idea que años atrás es ilustrada por José Pedro Varela en su reforma educativa de la que se impregna el país desde 1876 a 1879 y de la que se hacen representantes en esta obra Olegario y Julio. Varela, ya desde los comienzos, plantea la existencia de una apuesta ferviente a la superación y a la negación de la barbarie, al progreso, a la democracia, que solo se logrará a partir de la ilustración:

“Este autoritarismo entre clases cultas e incultas de nuestra sociedad, se ve palpablemente en cada paso, en cada idea, cuando se lo observa con alguna detención, y es tan honda la aversión que las clases incultas tienen a la ilustración que más de una vez hemos visto esa aversión invadiendo las clases medias del pueblo.

Se dice que se rechaza al Dotor, pero se entiende por Doctor a todo aquel que se preocupa por mejorar su inteligencia por medio del estudio; todo el que extiende la mirada más allá de los mezquinos horizontes del presente; todo el que razona y medita y espera grandes resultados de los trabajos intelectuales; todo, en fin, el que cree que hay algo más digno del hombre que sabe montar a caballo o enlazar un toro a la carrera” José Pedro

Varela (DE GIORGI, D; 1942:68).

El problema planteado irá más allá de la figura de Julio y Olegario, ya que subyace en toda la obra, incluso en el modo de resolver los problemas de salud de Olegario.

En el Acto III al encontrarse Olegario moribundo, aparece en escena “mama Rita”, personaje que la envuelve un “clima de superstición” y creencias arraigadas a viejas prácticas de la medicina en el campo. Esta como “el viejo Olegario” rechaza a los doctores ya que descrea de sus prácticas y saberes, así como de todo lo que pueda venir de la ciudad.

“RITA.- Y mama Rita no es manca... ¡Ah!... ¡Si me hubieran hecho caso dende un principio, ya estaría güeno y sano!... ¡Pero se metieron con los dotores y ahí tiene lo que sucede... Ni siquiera han sabido acertarle con el mal... ¡El corazón!... No ve que si... ¡Mal de corazón... fue lo que tuvo mi compadre Sixto, el quintero e´la estancia e´los Pérez que lo curé a Dios gracias y a la Virgen Santísima!... ¡Pero lo que es don Olegario!... Dende que vide que agarraba pa la ciudá pa´cerlo ver, se lo dije a mi comadre Sinforiana, pueden preguntárselo, que no me dejará mentir; le dije: "Hacen mal en dir a gastar plata al ñudo... Si lo que don Olegario tiene, es la paletilla caída, y pa eso no hay como la vencedura". ¡Qué saben los dotores!... Mucho tomar el pulso, mucha letricidad ¿y total qué?.. ¡Entre ellos le comen al dijunto media testamentaria!,, ¿A ver yo, qué les cobro?...” (SÁNCHEZ, F; 1969:98, 99)

Esta mentalidad difiere de la de Julio que desacredita totalmente y ve como una “barbaridad” las prácticas de la vieja curandera indignado y sorprendido:

“MARIQUITA.- ¡Sí, muy grave!... ¡Vos sabés cómo se puso aquella tarde!... ¡Bien!.. en seguida me hizo arreglar todo y a la otra mañana nos pusimos en viaje... "No quiero dejar en la ciudá ni los huesos!", decía. ¡Y parece cosa del destino!.. Ni bien llegamos de dio un ataque feísimo y desde entonces no ha podido dejar la cama. ¡Pa dos meses van, hijo!... ¡Qué días!.. Esperando por momentos que se nos fuera... ¡No quiso probar un solo remedio de botica...” Cosa de la ciudá no quiero... me matará más pronto...Llamen a la médica si quieren que viva un tiempo más" Y nosotros mandamos traer a mama Rita...

JULIO.- ¡Qué barbaridad!...

MARIQUITA.- *No lo creerás, pero desde que la negra vieja lo asiste, va mejorando... A tomar, no le da más que agua de lino...*

JULIO.- *¿Lo cura con palabras?*

MARIQUITA.- *Se ha colgao una reliquia en el pescuezo...*

JESUSA.- *Y todas las mañanas se pone detrás de las casas, y al salir el sol, hace cruces y otras rayas en la primera línea de sombra que proyectan...*

JULIO.- *¡Qué ignorancia!.. [...]” (SÁNCHEZ, F; 1969:105).*

Finalmente en la escena VI del Acto tercero, en el monólogo de Julio se muestra un personaje reflexivo que se cuestiona acerca de su existencia y sus ideales, contradictorio en su forma de ver la vida y cuestionándose hasta que punto está dispuesto a abandonar sus ideales y creencias por hacerle bien a su padre.

“JULIO.- *(Se pasea, saca un cigarrillo y fuma nervioso) ¡No!... ¡No puede ser!... ¡Qué situación!... ¡Debí preverla, quedarme allá!.. ¡Habría sido una cobardía, sin embargo! ¡Qué hago, Señor, qué hago!... (Se sienta apoyando los codos en las rodillas y oprimiéndose la cabeza) ¿Debo seguir sembrando desdicha? ¿Tengo derecho a amargar la agonía de ese pobre viejo?... ¿pero sería yo, o sería él quien se la amargara?... En el fondo él no tiene la culpa. ¡Es su tiempo, es su vida, son sus prejuicios!... ¡Pretender arrancárselos en estas circunstancias!.. ¡Convencerlos!... Llegar junto a su lecho, decirle: "¡Padre, muérase usted, muérase de rabia, pobre espíritu viejo!... ¡Su hijo no renuncia a sus amores, a sus ideales; no quiere hacer a la muerte la ofrenda de su libertad, que es su vida!..." ¡Decirle eso al desdichado anciano cuando sólo espera que el hijo pródigo bañe sus flacas manos con las lágrimas del arrepentimiento y le endulce con ternuras su espíritu torturado para rendir la trabajada vida!... (Se cubre el rostro con las manos. Pausa. Viene después irguiéndose resuelto) ¡En fin sea!... ¡Si he de ser verdugo de alguien, lo seré de mi corazón, otro enfermo!..." (SÁNCHEZ, F; 1969:108)*

Se aprecia un Julio maduro y centrado en sus decisiones, reflexionando sobre su accionar.

En esta obra se expresan reiteradas muestras de la razón con la cual se justifica

Julio y el instinto y los conocimientos empíricos a los que apela Olegario.

Julio representa la actitud progresista que surge en la juventud de la época a partir de las oportunidades de formación que brinda la ciudad, opuesta por este motivo al campo de comienzos del SXX. Representa la voz de muchos pensadores que insistían en una “nueva concepción educativa que consistiera en afirmar que educar no se agota en instruir: educar significa formar ciudadanos, hombres y mujeres habilitados para producir y capaces de accionar los cambios que el país requería”. (RODRÍGUEZ, E; RAMPINI, M^a Luisa; TORNARÍA; C; y otros; 1985:21)

A modo de reflexión final será necesario plantear las siguientes interrogantes:

¿Todavía existe esa distancia abismal entre el campo y la ciudad (entre el interior y la capital) que plantea Sánchez?

¿Cuántos Olegarios y cuantos Julios hay hoy en nuestro país, en ese interior profundo que no ha conocido de universidades ni de ojos atentos a sus necesidades?

Esta y otras preguntas son necesarias para cuestionarnos sobre la construcción de caminos que lleven a la concreción de una educación verdaderamente democrática. Lo ha dicho José Pedro Barrán:

“[...] Hacia 1900 se está en presencia de sentimientos, conductas y valores diferentes a los que habían modelado la vida de los hombres en el Uruguay hasta por lo menos 1860. Una nueva sensibilidad aparece definitivamente ya instalada en las primeras décadas del SXX aunque perviven – tal vez hasta hoy- rasgos de la anterior “barbarie”. (BARRÁN, J; 2009: 215)

¿Hasta qué punto en nuestro país, el ayer y el hoy no se funden en las mismas concepciones de educación? Aquellas mismas que hace tantos años Sánchez, dibujó como gran observador de su realidad y de su tiempo.

Hoy más que nunca debemos releer con espíritu crítico - reflexivo y traer al 2010 lo que expresó alguna vez Emir Rodríguez Monegal:

“Lo que no se dijo en 1960, ni creo que se haya dicho después, es que no solo Florencio pertenece a un estilo de teatro que ya es historia, y muy pasada, sino que el teatro mismo como espectáculo y como oficio, como experiencia emocional colectiva y como rito social, ha cambiado por completo desde la muerte de Florencio en 1910 [...]” (SÁNCHEZ, F; 1969:40)

Referencias bibliográficas

Sánchez, Florencio, **M'hijo el doctor**, Buenos Aires, KAPELUSZ; 1969.

De Giorgi, Diógenes; **El impulso educacional de José Pedro Varela**; Montevideo, Imp. Monteverde y Cia; 1942.

Freire, T.; Maggi, C. y otros, Capítulo Oriental 15. **La historia de la literatura uruguaya, Florencio Sánchez. El teatro nacional**; Uruguay, Centro Editor de América Latina; sf.

Legido, Juan Carlos; **El teatro uruguayo**; Montevideo (Uruguay), Ediciones TAURO; 1968.

Brando, Oscar; **El 900. Tomo I**; Montevideo (Uruguay), Cal y Canto; s.f.

Rodríguez de Artucio, Elia; Rompini de Preziosi, María Luisa; Tornaría, Carmen, y otros; **El proceso educativo uruguayo**; Montevideo, FUNDACIÓN DE CULTURA UNIVERSITARIA; 1985.

Barrán, José Pedro; **Historia de la sensibilidad en el Uruguay. La cultura "bárbara". El disciplinamiento**; Montevideo (Uruguay), Banda Oriental; 2009.